

LA TARDE

Año XXIV

Diario republicano

Número 6.416

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Jueves 28 de Julio 1932



La Señora

DOÑA LEONARDA MORATA BARNES

Viuda de Moya-Angeler

Falleció en la villa de Aguilas a las 8 del martes, 26 del actual a los 73 años de edad, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica

D. L. H. D. S. S. G.

Sus desconsolados hijos, Don Antonio y Doña Josefa; hermanos D. Andrés, D. Eugenio y don Antonio; hijos políticos, Doña Angela Rivas, Montiel y D. Francisco Martínez Carbonell; nietos; sobrinos y demás familia, al participar a sus amistades y personas piadosas tan sensible pérdida les ruegan una oración por el descanso eterno de su alma, por cuya piadosa atención les quedarán altamente reconocidos.

Lorca 28 de Julio de 1932

UN HOMBRE Y UN DISCURSO

Los demagogos y el demócrata

Nuestros lectores habrán apreciado el magnífico discurso pronunciado por don Melquiades Alvarez en Oviedo el domingo, del que publicamos ayer un amplio extracto. Apenas es necesario encarecer la importancia de esa oración admirable, tanto más autorizada cuanto que sale de labios de un hombre que ha sido fiel a sus convicciones en todo instante y que jamás ha cedido a la tentación de adular a los poderosos. Ni en tiempos de la monarquía dejó de decir la verdad—la que estimaba verdad—al rey, ni ahora, ni en los instantes procelosos que sucedieron al cambio de régimen, aduló, como tantos otros personajes improvisados, a la plebe tumultuosa. Mientras ciertos abominables fariseos se dedican a lisonjear a estas Cortes poniendo al servicio de la lisonja su prestigio de otro tiempo y su destreza abogadesca, don Melquiades Alvarez las juzga con la justa severidad de quien pone por encima de todas las conveniencias y de todos los convencionalismos la sinceridad de sus ideales. Esa es la diferencia

que va del demócrata al demagogo. El primero toma al pueblo como fin. El segundo, como medio. Aquel quiere, en verdad, mejorar la condición popular, llevar al pueblo el bienestar posible y la suma de ventura realizable en una sociedad humana. Este no busca sino alborotar la conciencia de la plebe, movilizarla para la propia personal utilidad, halagarla para dominarla, como esos tutores perversos que cultivan los vicios de los menores confiados a su guarda para apropiarse de su caudal más fácilmente. Cuando esta constante prueba de valor cívico se da en quien, como el insigne tribuno, podría perfectamente inhibirse de intervenir en estas luchas, porque tiene lícitamente ganada una brillante posición personal y todo cuanto hace en servicio de España no le procura—aparte, es claro, de la adhesión de las personas honradas—sino ataques y denuestos de la oligarquía en cuyo poder se encuentra nuestro país, el mérito es mayor y la admiración y la simpatía que suscita más espontáneas.

Observamos con satisfacción que el ilustre orador ha afirmado de su partido «que es un partido burgués». Lo mismo hemos dicho nosotros, ya hace tiempo, de este periódico. Burgueses orgullosos de serlo. Va así desvaneciéndose la estúpida superstición que por halagar a la plebe había hecho de la condición de burgués algo deplorante, casi insultante, de que había que excusarse como de una tara vergonzosa. Burgués y liberal llama el señor Alvarez a su partido. Como que la libertad es, precisamente, una creación y una gloria burguesas. A la burguesía se debe la civilización en que vivimos. No hay otra. Y frente a esa concepción social que la burguesía liberal representa no hay sino elegir entre dos dictaduras: la unipersonal, de un hombre, de un caudillo militar, o la difusa, irresponsable y odiosa de una oligarquía apoyada en la plebe animada por las pasiones más innobles y los más viles rencores.

Contra esta última dictadura, contra esta tiranía soez, que no respeta ni siquiera las formas jurídicas de convivencia comunes a todos los pueblos civilizados, se alza la voz de don Melquiades Alvarez, gran orador liberal y—no hay que olvidarlo—maestro de Derecho y de conducta, de lo procesal y de lo substancial. Varón ejemplar a quien

nunca se ha visto «encaramado en la trasera de las carrozas triunfales». (De «Informaciones» de Madrid.)

En 2.ª plana:

CAMINO ADELANTE

El Imperio de los Camaleones

por

JUAN DEL PUEBLO

COROLARIOS

Las dominicas republicanas.

Antes, la prensa de los lunes, carecía de interés político. La información era toda de deportes. Para los apasionados de ellos venía redactada. La cogida del Fulano o las estocadas hasta las péndolas, propinadas por el Mengano a la víctima astada, atraían el interés de un sector solo de lectores: el de los devotos de la que se llamó «fiesta nacional».

Cambió el régimen, y quién deja de percibir,—aun persistiendo infinidad de vejeces—, cómo en la emisión del pensamiento y en la comunicación continua de dirigentes y dirigidos, se pone un empeño fortísimo,

tendente a hacerse de la opinión, desenterrando los clásicos modos de asaltar el poder e imponerse después al pueblo en un arbitrario monólogo?

De esta nueva concepción, ahora persistente, antes circunstancial, han surgido lo que se me ha ocurrido llamar *Las dominicas republicanas*, que por extensión deben abarcar los días festivos.

La pasada dominica es bien de notar por muy significativa: rebose las preocupaciones del momento; los hervores de fermentación acusados acá y acullá, en unas y otras zonas; las prevenciones y astutas posiciones de atacantes y alacados.

La deposición de Indalecio Prieto a la «Hoja Oficial» del lunes tiene relieve especial.

Don Inda, habla él, y en realidad es la fisonomía del Gobierno. Despreocupado, despreciativo, amenazador, augur de avalanchas izquierdistas asoladoras de todo lo existente, ofreciendo a la consideración pública al ministerio Azaña como un desideratum de buen juicio y ponderación, sin traicionar el credo de izquierdas, juega con cuantos espejos ha menester, destella y refleja cuantas cambiantes le interesa proyectar.

Pero en el fondo, mal cubriendo la con circunloquios y desorientaciones intencionadas, hay una alarma intensa y extensa. La alarma que sin rebozo acusó Lerroux en Zaragoza; la